



presenta

# **LOS CAMINANTES**

## **EL CAMPAMENTO**

© Carlos Sisí 2017

*Este relato recoge los eventos sucedidos en el Survival Zombie de Málaga el 1 de Abril del 2017, y es canónico con la trama y los sucesos que se narran en la saga “Los Caminantes”, integrándose así en la historia de la saga. El relato es copyright Carlos Sisí 2017 y se cede para su uso no comercial a la World Real Games, empresa organizadora del evento, como regalo para sus clientes. Se permite su distribución libre y gratuita, pero no su alteración en forma alguna. El uso de la marca “Los Caminantes” en este relato es una cortesía de la Editorial Minotauro, actual poseedora de los Derechos de la saga “Los Caminantes”.*

El hombre alto y grande acercó una silla a la mesa y se sentó en ella con una pequeña mueca de dolor. Su mano derecha se movió de manera instintiva al costado.

—¿Está usted bien? —preguntó el otro hombre en la sala, sentado al extremo opuesto de la mesa. Tenía las manos extendidas sobre ella, como en un interrogatorio policial. Lo único que había sobre ella era un bolígrafo y un cenicero.

—He estado mejor —respondió el hombretón— Me rompí la costilla hace poco con un helicóptero. ¿Y usted?. ¿Necesita algo más antes de empezar?. ¿Agua, un poco más de comida?

El hombre sonrió.

—No, gracias. He bebido como un camello y comido como hacía meses. De verdad, les agradezco mucho el recibimiento... uno casi... uno casi vuelve a sentirse entre seres humanos.

—No tiene importancia —dijo el hombretón. Pareció pensar durante unos instantes y luego suspiró largamente— Está bien. Yo me llamo Dozer, por cierto. No es mi nombre real, pero es como me llaman todos.

—Oh. Dozer. Yo Eduardo —dudó unos instantes y dijo— Encantado.

Dozer asintió.

—Esta charla es para conocernos. Usted quiere... formar parte de nuestra familia, aquí en Carranque, así que queremos que nos hable de usted. Para conocerle. Cuénteme cómo ha vivido, lo que ha hecho este tiempo. Cosas de usted. Lo que quiera. Comprenderá que... esta conversación es necesaria.

—Claro —respondió Eduardo con rapidez— ¡Lo entiendo!

—¿Sabe?. Normalmente es Susana quien se ocupa de estas cosas —continuó diciendo Dozer— Ella cala a la gente, tiene ese rollo. Supongo que las mujeres en general son buenas con esas cosas, pero Susana va un paso más allá. Con la costilla rota no puedo hacer las cosas que debería estar haciendo, así que... me ocuparé yo de esto mientras ella se ocupa de lo mío.

—Comprendo —dijo Eduardo.

Dozer asintió, mientras miraba a Eduardo con interés.

—Se ve que lo ha pasado mal —dijo al fin— Se te ve cansado, tío. Y consumido.

—Sí —dijo Eduardo, cambiando ahora su expresión. Movi6 la cabeza lentamente y a6adi6— Sí.

Gir6 la cabeza y mir6 por la ventana. Fuera, el cielo era azul y luminoso, y desde all6 pod6a ver la parte superior de unos altivos y lozanos cipreses. Uno pod6a concentrarse en esa imagen y llegar a pensar, por unos instantes, que la vida segu6a siendo la vida, que en las calles paseaban los abuelos con los nietos y que en las tiendas locales entraban y sal6an se6oras cargadas con bolsas. A lo lejos se distingu6an algunos edificios. Hab6an sido hogares, y en ellos se hab6an mantenido conversaciones, se hab6an prodigado abrazos, tenido hijos y coleccionado cosas: Pinturas, libros, aparejos de pesca... el tipo de cosas que sol6a hacer feliz a la gente. All6 hab6an crecido los ni6os y, llegada la adolescencia, suspirado en sus camas ante el primer amor, y algunos hab6an terminado por marcharse a otros hogares para

empezar otro ciclo. Pero luego pestañeabas y la imagen se deshacía como un reflejo en un charco que alguien pisa sin prestar atención. Y las calles volvían a ser hediondas, y los hogares a estar vacíos o infectados de cadáveres que deambulaban con parsimonia por sus corredores y salones.

Suspiró.

—Dijiste que habías estado en otro refugio —dijo Dozer.

—Sí. Fue al principio. Un grupo de personas conseguimos salir de la ciudad, alejarnos del centro. Había... había un lío monumental. Fue cuando los muertos empezaron a llenar las calles, ¿sabes?. La gente aún se encerraba en sus casas, y otros aún pensaban que podrían coger su coche y escapar, como si no se dieran cuenta de que éste ya no era ese mundo en el que coges tu coche y te vas a otra parte, y allí todo está bien.

—Recuerdo, sí —dijo Dozer.

—Creo que hubo una especie de... negación psicológica. O sea, todos pudimos verlo por la televisión antes de que la electricidad se fuera al carajo. Veíamos las imágenes, en todas las ciudades del mundo. Policías disparando por las calles y todo lo demás. Las alertas. La activación de los militares. Recuerdo aquella imagen en la que un soldado vaciaba un cargador entero contra una persona, y ésta se sacudía como si estuviera siendo alcanzada por un rayo. Pero no caía. Seguía avanzando, con la mirada fija en el soldado. Pero aún así salías a la calle y pensabas: “Voy a llevar maletas, a coger mi coche, y a irme a algún sitio”. ¿Qué sitio?. No sabíamos que no había ninguno, ya. Recuerdo que cogí el pasaporte y las

tarjetas cuando salí. Ojalá hubiera cogido... agua, o una caja de cereales, o pan.

– Bueno – dijo Dozer – Supongo que nadie estaba preparado.

Eduardo agachó brevemente la cabeza.

– Nos fuimos hacia el Oeste, siguiendo la carretera, pasando bajo el Puente de las Américas. Allí la calle es grande y corrimos todo lo que pudimos, esquivando a los zombis. No fue fácil, ¿sabes?. Muchos cayeron. Cuando llegamos a la entrada de la autovía, al puente, quedábamos algo más de mil personas, y la vista desde allí era desoladora.

– Mil personas – dijo Dozer – Dios mío.

Estaba pensando que, o bien Eduardo se había separado de ellas en algún momento, o que la mayoría debía haber caído. Mil personas. La cifra era concreta y exacta, y produjo una sensación de tristeza en su ánimo. Se daba cuenta de que era ridículo, que sabía que el planeta entero había sufrido el mismo revés brutal del destino y que los muertos debían contarse por miles de millones, decenas de miles, tal vez más; pero esas cifras eran demasiado elevadas y disparatadas como para ser comprendidas. Mil personas, a pocos kilómetros de donde estaban, era... Era manejable. Directo. Como un disparo en el pecho.

Sacudió la cabeza.

– Supongo que visteis la autovía, cortada – dijo.

– Cortada por el tráfico, por la muerte, por la gente que corría de un lado a otro, por los zombis que parecían salir de todas partes. Se escuchaban disparos, y había columnas de humo por todas partes. Sentí un miedo

atroz. Creo que allí fuera, mirando la hilera de coches estrellados unos contra otros, me di cuenta de la seriedad del asunto. Creo que allí comprendí que... no iba a venir nadie a salvarnos.

– Bueno – dijo Dozer – Todavía hay gente que piensa que alguien vendrá en algún momento.

Eduardo sacudió la cabeza.

– No lo creo – dijo – He visto... bastantes zombis vestidos de soldados, de policías, de bomberos, de...

– Lo sé – susurró Dozer.

– Pero... En fin. Cuando estuvimos allí arriba, vimos la explanada del Recinto Ferial. ¿Sabe cuál le digo?. Está al lado del Palacio de Ferias.

Dozer sonrió y pareció ensimismarse unos instantes.

– Sí. Claro – dijo – Pasé buenos ratos allí. Vaya. Quién iba a decir lo que ocurriría después.

– Bueno. Las cosas han cambiado bastante.

– Y que lo digas.

– Pues fuimos allí, ¿sabes?, al Recinto Ferial, porque desde el puente de la Autovía se veía vacío y solitario, como... un claro en un bosque de confusión.

– Ah – dijo Dozer – Buena idea. Imagino que no habría nadie por allí cuando todo empezó.

Eduardo asintió y se miró las manos, recorridas por pequeñas heridas.

– El caso es que había. Encontramos unas verjas rodeando un grupo de calles pequeño y unas cuantas casetas. Había unas cuantas personas ahí dentro, todas muy asustadas, con unos pozos zombis alrededor.



Imagina lo que es ver llegar a más de mil personas por las calles de la feria.

– Es mejor que ver llegar a mil zombis.

Eduardo le miró y soltó una carcajada.

– Vaya – dijo, sonriente – Gracias. Creo que es la primera vez que me río en meses.

Dozer le devolvió la sonrisa.

– Si perdemos las risas, ¿qué nos queda?

Eduardo inclinó la cabeza con un gesto asertivo.

– ¿Qué pasó cuando llegasteis allí? – quiso saber Dozer.

– La verdad es que no tardaron mucho en abrirnos la verja, un tipo con un bate de beisbol ensangrentado. Supongo que fue un acto inevitable, por mucho que estuvieran rindiendo su pequeño refugio improvisado. Quiero decir... éramos mil personas. Si hubiéramos querido quitarles lo poco que tuvieran, lo hubiéramos hecho. Dejarnos pasar era una manera de rendirse.

Dozer se encogió de hombros.

– Supongo que una verja contra mil personas es como una pared de cartón contra un coche. Abrirnos era una manera de asegurarse de que el recinto seguiría siendo seguro, al menos.

– No lo había pensado – contestó Eduardo.

– Lo importante es, ¿qué ocurrió después?. ¿Os apuntaron con armas, o...?

– No tenían armas – respondió Eduardo – Al menos, no armas automáticas. Tenían bates, tenían... bueno, el responsable de seguridad se llamaba Mauricio. Tenía una buena mata de pelo, toda ensortijada, llena de

rizos y bucles. Delgado. Tenía dos espadas japonesas, como en los tebeos.

– Ah – dijo Dozer – Supongo que cada uno echó mano a lo que tenía en casa, y esas espadas suelen verse en las paredes de muchas.

– Esas no tienen filo, me parece. Estas eran espadas de verdad.

Dozer asintió.

– No nos amenazaron, más bien nos congregaron en el centro de las cuatro calles y un tipo se presentó ante nosotros. Se llamaba Jacobo. Nos dio la bienvenida, ¿sabes?, y empezó a hablar de un nuevo mundo. Me sorprendió que tuviera tan asumido que el “viejo mundo” fuera cosa del pasado. Era demasiado pronto. Muchos le miraban perplejos, como si no supieran de qué estaba hablando. Solo estaban buscando un lugar donde lamer sus heridas, descansar, y esperar a que la situación se calmase. Jacobo nos quitó esa idea de un plumazo, y fue duro. Habló de la gente que había muerto, y de los zombis. Habló de lo que hacían los zombis. Algunos se abrazaron y se echaron a llorar, como si de repente, alguien que ostentaba alguna autoridad les confirmase lo que creían haber visto. Que no había “gente violenta”, sino algo sobrenatural y salvaje... monstruos, gente muerta que había vuelto a la vida para matar.

– Esa parte fue difícil de digerir para todo el mundo – exclamó Dozer.

– Creo que Jacobo hizo bien su exposición. Nos dio una bofetada de realidad y luego nos planteó la más dura realidad. Nos dijo que éramos muchos, y que eso

eran buenas noticias, porque la gente que trabaja junta sobrevive junta, y que cuantos más fuésemos, más rápido haríamos las cosas necesarias para conseguir superar la situación. Recuerdo que miré alrededor y la gente escuchaba, por primera vez. Es el fenómeno del líder, ¿sabes?. Habían habido varios intentos por el camino, gente que se alza en medio de la multitud y trata de dar órdenes, pero ninguna había funcionado. Se los miraba con suspicacia, con desgana, o con desdén, y la gente salía andando por caminos diferentes. Jacobo, con su abrigo marrón de cuero se convirtió en el líder de manera natural.

—Sí —dijo Dozer— También aquí tenemos a un líder, y ahora es un líder más que especial por motivos que descubrirás, si te quedas.

Eduardo asintió con prudencia. Había olvidado que se le estaba juzgando en aquella conversación, y los nervios que habían mermado con la carcajada de hacía unos instantes, regresaron. No quería volver a las calles, a la soledad de los días de los muertos, a dormir en cualquier escondrijo con la sensación de que podría no despertar, o despertar con el dolor lacerante y terrible de las dentelladas de algún muerto pegado a su estómago.

Trató de tragar saliva y continuó.

—Luego... Luego vinieron las malas noticias. Nos dijo que éramos muchos, que éramos... muchísimos. Que necesitaríamos cosas como agua, alimentos y medicinas, y eso para empezar. Más adelante hablaríamos de ropa de abrigo para las noches, de necesidades de higiene y temas particulares vitales, por ejemplo, ¿había algún diabético, cuántos necesitaban pastillas para el corazón, o

para las migrañas, o para cualquier otra cosa?. Cuando se miden esas necesidades y se multiplican para cubrir a mil personas, la gestión de recursos se vuelve un problema que puede marearte.

– Lo sabemos, amigo – dijo Dozer – No es fácil.

– Sí. Así que... dijo que teníamos que empezar a solucionar eso. Dijo que descansásemos un poco y que teníamos que salir fuera a buscar esas cosas esenciales.

– ¿Cómo? – preguntó Dozer.

– Lo dijo – masculló Eduardo – Dijo que... teníamos que ganarnos nuestro hueco en el campamento. Así lo llamaba, El Campamento. Quien trajera algo útil como comida, o agua, o medicamentos... podría quedarse.

– Joder – exclamó Dozer – Pero, ¿qué coño?

– No, sé lo que piensas. Pero yo lo entendí. Creo que Jacobo tuvo que tomar una decisión rápida, y lo hizo. De repente tenía a mil trescientas personas allí, y no tenía un puto pan que ponernos delante. Nos hubiéramos debilitado, hubiéramos acabado matándonos entre nosotros. Alguien habría hecho algo estúpido. Y de noche, cuando todo el mundo duerme en algún recoveco, habrían habido asesinatos porque alguien parecía esconder un bollo de leche en el abrigo.

– Sí – dijo Dozer, pensativo – Eso es verdad.

– Así que nos dijo: Salid ahí fuera. Y añadió: Algunos no volveréis.

– ¿Y qué ocurrió?

– La gente salió corriendo.

– ¿Se fueron? – preguntó Dozer, dubitativo.

—No. Quiero decir que salieron corriendo a buscar lo que hiciera falta encontrar para asegurarse un lugar en el Campamento.

Dozer se llevó una mano a la cara y se la restregó.

—Vale —dijo— Me imagino que...

—El miedo.

—Sí.

—Fuimos todos fuera. Lo recuerdo bien.

—Pero... ¿No había ancianos, niños, personas impedidas o heridas en ese grupo?

Eduardo negó con la cabeza.

—No. Piensa que éramos supervivientes de supervivientes. Habíamos escapado a las calles de Málaga, algunos, luchando por su vida a través de las escaleras de sus altos bloques de viviendas. Los que estaban impedidos habían quedado ya atrás. Los que tenían niños se retrasaban también. Al principio vi alguno. Luego, no sé qué fue de ellos.

—Por Dios, Eduardo —dijo Dozer— Vas a amargarme el día, ¿verdad?.

—Lo siento —susurró.

—Vaya mierda...

—Lo siento —repitió Eduardo, ahora en un susurro.

—No es culpa tuya. Es lo que pasó. Pero... había conseguido olvidarlo, eso creo. Ahora tenemos esto, y estamos bien. Hay quien va a empezar a cultivar, tenemos electricidad y un grupo de nosotros sale casi a diario a por cosas, pero tenemos armas y somos muy buenos moviéndonos entre los zombis. Cuando tu día a día es ese, construir cosas y proteger a la gente que

depende de alguna manera de ti, olvidas la mierda anterior.

Eduardo asintió.

–Creo que sois buena gente.

–Eso creo yo también –musitó Dozer– Pero... continúa, por favor. Imagino que...

–No creas que nos fue tan mal –dijo Eduardo– Allí cerca estaba el Polígono La Estrella, y en sus calles encontramos muchas cosas. Éramos un buen montón, y realmente trabajamos juntos para conseguir distraer a los zombis. Hubo un tipo que metió latas de refrescos, de esas que se encuentran por el suelo en la Feria, en una bolsa de basura, y la arrastraba por el suelo cerca de los zombis. Funcionaba bien, un tiempo al menos.

–Ya. No digas más... sé cómo es el proceso de un zombi.

–Sí. Con el tiempo se excitaban y empezaban a correr. Entonces se ocupaban los más jóvenes. Había un grupo que conseguía alejarlos burlándolos por entre los coches. Los zombis no son muy listos, y cuando llegaban al otro lado y se agachaban, solo podían recordar que allí había alguien por unos instantes.

–Chicos listos –dijo Dozer– A algunos de nosotros nos llevó más tiempo aprender esos trucos.

Eduardo se encogió de hombros.

–Nos fue bien. Creo. Trabajábamos juntos la mayor parte del tiempo, aunque siempre veías cosas. Cosas. Una vez vi cómo una chica lanzaba a otra contra los zombis, solo para salvarse. O tal vez, precisamente para salvarse. Es un argumento poderoso, ¿no crees?: Para salvarte. La empujó, y el zombi cayó literalmente

sobre ella. Aún puedo ver a veces su cara de perplejidad, con el brazo extendido, como pidiendo ayuda. Toda esa sangre manó de ella al instante...

– Joder – exclamó Dozer.

– Es fácil juzgarla, ¿verdad?. Puedes decir: Qué cabrona hija de puta. Pero no sé qué habría hecho en una situación similar. Aún me lo pregunto.

– Bueno – dijo Dozer – No lo sé. Esas cosas... creo que las llevas dentro. No creo que se me pasara por la cabeza hacer algo así. Si fue un acto instintivo, imagina lo que habría hecho si llega a pensarlo. Así que creo que podemos llamarla por su nombre. Creo que fue una cabrona hija de puta.

Eduardo suspiró largamente.

– La gente regresaba al campamento con cosas, y se les dejaba pasar. Había una chica, llamada Mónica, que se ocupaba de registrar las entradas. Dijeron que mantendrían un registro de quien traía más cosas, pero creo que al final no apuntaron nada – se encogió de hombros – Solo guardaban todo en una de las casetas. Y la gente iban y venía, sobre todo del polígono. Allí había almacenes con provisiones y cosas, y no demasiados zombis todavía. Pero todas esas carreras atrajo la atención de los monstruos...

Dozer se revolvió en su asiento.

– Lo estaba viendo venir – dijo.

Sacó un paquete de Benson & Edges del bolsillo y le ofreció uno. Eduardo lo miró por unos momentos. Era tabaco rubio inglés, y hacía años que no probaba uno. Pero acercó la mano y cogió un cigarrillo con un gesto de

agradecimiento. Dozer sacó otro para él, y encendió ambos con un mechero.

—Gracias —dijo Eduardo tras echar el humo de la primera calada— Dejé de fumar hace ocho años. La verdad es que nunca llegué a sentirme mejor, pero es verdad que ahorré mucha pasta.

Dozer asintió.

—Por eso ya no es malo fumar. La pasta importa un carajo.

Eduardo sonrió.

—Sigue contando —pidió Dozer— Los zombis llegaron...

—Sí. No sé de dónde carajo aparecieron, la verdad, pero cada vez había más. La puerta se cerraba cada vez que entraba un grupo, y los que se quedaban fuera porque no habían conseguido nada, terminaban por alejarse porque la zona estaba empezando a verse peor que las calles de Málaga. Había... había una zombi rubia en mitad de la calle. Cómo gritaba... Tenía una mirada dura, con sus ojos en blanco, pero a la vez era hermosa.

—¿Hermosa? —preguntó Dozer.

—Sí. Era hermosa. Cuando te miraba... resultaba hermosa.

Dozer se encogió de hombros.

—Nunca me había fijado en... algo así. Los zombis son zombis. No me fijo mucho en cómo son, y no creo que debamos hacerlo.

—Sé lo que quieres decir. Pero aún hoy no puedo evitar seguir viendo personas detrás de toda esa muerte.

Dozer inclinó la cabeza, pensativo.



—Entonces, si finalmente te quedas aquí, será mejor que no vengas con nosotros cuando salgamos de misión —dijo— Si ves personas detrás de esos ojos blancos, tendrás un retardo antes de reaccionar. Aunque sea un segundo por cada zombi, un momento de duda, una reflexión... estarás muerto.

Eduardo se llevó el cigarrillo a los labios e inhaló con visible nerviosismo.

—Lo sé. Vi a aquella mujer zombi devorar a un par de tipos, cuando estaba escondido detrás de los coches. Estaban tirados en el suelo y ella movía su cabeza en su estómago abierto. Fue una agonía... y larga, demasiado larga. La gente no muere tan rápidamente como en las películas. No lo hacen. Pero cuando levantaba la cabeza otra vez, con la cara llena de sangre y el cabello manchado, seguía viéndola hermosa.

Dozer expulsó una vaharada de humo, mirándole con curiosidad. De repente recordó que estaba allí para determinar si aquel tipo podía ser un problema, y ese comentario encendió una pequeña luz de alarma.

—Supongo que la mujer lo era —dijo— Hermosa. Y yo soy un amante de la belleza en todas sus formas. Antes de todo esto era artista, ¿sabes?. Dibujaba todo tipo de cosas. A veces iba por la calle y veía un rincón, una composición de cosas, unos elementos, que me resultaban interesantes por algún motivo, y lo dibujaba. A veces dibujaba casas en ruinas y cosas así. Hay mucha belleza en la decadencia. Supongo que... había algo en la composición de aquel zombi que me fascinó. Su cabello empapado en sangre, sus ojos de un blanco inmaculado, su expresión...

—¿Y qué pasó? —preguntó Dozer— ¿Le pediste salir y la dejaste embarazada?

—¿Qué? —preguntó Eduardo, confuso. Luego sacudió la cabeza y soltó una carcajada— Perdona. Supongo que me dejo llevar y me pierdo en los detalles.

—Desde luego te gusta hablar —exclamó Dozer con una sonrisa— Pero está bien. De eso se trata. Así nos conocemos.

Eduardo asintió.

—Bueno —exclamó— Volviendo al Campamento, la cosa se fue volviendo más complicada. Aquel tipo, Mauricio, tuvo que asistir a los supervivientes cuando querían entrar. Usaba esas espadas japonesas como si hubiera estado usándolas toda su vida; era... todo un espectáculo. Daba mandobles a un lado y a otro. No me sorprendió que siguiera vivo. El otro tipo del bate le asistía, y formaban un equipo alucinante. Los zombis caían al suelo con la cabeza reventada, y unos se quedaban tumbados y otros no; algunos volvían a levantarse, incluso con la cara hundida. Seguían moviéndose. Alguno debió quedarse ciego con el golpe... daban vueltas sobre sí mismos, como desorientados.

—Sí —dijo Dozer— He visto zombis ciegos guiándose por el sonido.

—Al final eran tantos, que las verjas se cerraron y no volvieron a abrirse. Vimos gente venir por la calle, pero no pudieron acercarse. Los zombis se agolpaban junto a las verjas, como... como ahí fuera, ahora mismo, solo que aquellas eran unas verjas de mierda, como

vallas provisionales de las que se instalan para dirigir el tráfico en un evento, ¿sabes?.

—Sí —dijo Dozer— Eso debió dar miedo.

—Y que lo digas. La gente miraba las vallas, como si fueran a ceder en cualquier momento. Supongo que al final hubieran cedido, pero no hubo tiempo.

—¿Y la gente que no pudo entrar?

Eduard giró la cabeza para mirar por la ventana. Arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—No sé qué fue de ellos —soltó— Supongo que se marcharon a otro sitio. Tal vez intentaran volver, de todas formas. Había mucho lío, ¿sabes?. A esas alturas había zombis corredores por todas partes; de pronto veías un grupo de personas corriendo por la calle, gritando. O alguien caído, con mordiscos y sangre por todas partes, que no podía morir y gritaba.

—Has dicho que las vallas hubieran cedido, pero no hubo tiempo —dijo Dozer, que no quería recrearse en los recuerdos más desagradables.

—Oh, si —dijo Eduardo— Jacobo nos reunió a todos de nuevo, y lamentó la pérdida de gente, porque era evidente que ya éramos muchos menos. Hubo algunos entre el público que protestaron, gente dolida que había perdido gente, pero fueron los menos. Jacobo dijo algo... no le entendí muy bien, pero la gente aplaudió. Luego dijo estábamos en disposición de dar otro paso en la dirección correcta, que buscaríamos cosas como armas, para echar a los zombis de allí. Eso hizo que la gente aplaudiera más. Pero para entonces, la mayoría de la gente empezó a prestar más atención a las vallas; se daban la vuelta, nerviosos, mirando a los zombis. Hacían

mucho ruido, se agolpaban tras las rejas. Empezaban a ser tantos que la mayoría pensamos que las echarían abajo.

“En ese momento, Jacobo hizo acercarse a alguien. He pensado mucho sobre aquel momento. Creo que Jacobo quería insuflar ánimos de alguna manera, dar esperanza... sabes que la gente vuelve sus ojos a Dios cuando las cosas van mal. Creo que pretendía que aquel sacerdote inspirara a la gente...

—¿Un... sacerdote? —preguntó Dozer, precavido.

—Un sacerdote —dijo Eduardo— Cuando lo vi por primera vez me provocó una reacción rara. Quiero decir, hubo quien saltó con protestas y algunos se incendiaron por su presencia. Jacobo dijo que los prejuicios por creencias religiosas se habían acabado, que formaban parte del pasado, y que quien quisiera aliento espiritual podía hablar con el padre Isidro, y quien no...

—¿Padre Isidro? —graznó Dozer, echando una nube de humo que salió atropellada por su boca y nariz.

—Sí...

—¿Cómo era? —preguntó.

—Pues, como te he dicho, provocaba como una sensación de rechazo. Si no supiera lo que sé ahora, me culparía por tener tantos prejuicios, pero... ahora sé que mi intuición era acertada.

—¿Cómo era? —insistió Dozer.

—Tenía el pelo blanco cayendo sobre la espalda, muy fino, como telarañas. Tenía una sonrisa perfecta y grande, que le hacía poner los ojos pequeños, pero no eran ojos que sonrieran...

—Alto, y delgado. Muy delgado —dijo Dozer.

—Sí —dijo Eduardo. Entonces pestañeó— ¿Lo conoce?

Dozer asintió.

—Lo conozco bien —dijo— Lo tenemos aquí mismo, encerrado en uno de los edificios, al otro extremo de las pistas.

Eduardo dio un respingo. Sus manos se cerraron en forma de puño. Luego dio una apresurada calada al cigarro y lo apagó en el cenicero.

—Escuche —dijo— Ese hombre... es un asesino muy peligroso.

—Lo sabemos —respondió Dozer.

—¡No! —gritó Eduardo de pronto— ¡No tiene ni idea!

Dozer frunció el entrecejo.

—¡Eh! —dijo— ¡Tranquilo!. Sabemos quién es el sacerdote, lo que ha hecho, lo que hace, y lo que puede hacer. Nos atacó, ¿vale?. Casi nos... jode vivos. Murió gente aquí. Buenos amigos. Pero lo tenemos encerrado para aprender cómo hace lo que hace.

Eduardo le miraba a los ojos, saltando de uno a otro alternativamente. Se había excitado, y empezó a respirar para tratar de tranquilizarse.

—Está bien —dijo al fin— Está bien.

—¿Tranquilo? —preguntó Dozer.

—Sí. Sí. Perdone... Es que... Ese loco cabrón, ese asesino... mató a tanta gente...

—Ahora entiendo lo que pasó en tu Campamento —dijo Dozer— Lo que fue mal. Cuando empezó a hablar de un sacerdote, lo sospeché. Ese cabrón ha estado muy ocupado.

—Sí —dijo Eduardo.

—¿Cómo se... desmadró la cosa?. ¿Fue él, o hubo alguna otra cosa que fallase?

—Oh. Fue él. Jacobo aún estaba hablando cuando el padre Isidro pasó entre la gente y se acercó a la verja. Un tipo al lado mío señaló y dijo: “Va hacia la valla”. Yo no comprendía lo que pasaba, pero creo que él sí. Su expresión era de pánico. Creo que la gente lo captó de alguna manera. Jacobo empezó a llamarle: “¿Padre?. ¿Padre?”. Pero ni siquiera se dio la vuelta. Siguió andando, con su sotana raída y rasgada, delgado como un espantajo, sin apresurarse.

—Y abrió la verja —dijo Dozer.

—Sí. Justo. Es lo que hizo. Abrió la verja y los zombis entraron.

—Y no le atacaron a él.

Eduardo le miró. Su mandíbula temblaba como si tuviera vida propia.

—No le atacaron. Le rodearon y pasaron al interior, nerviosos, dando alaridos, gritando, sus cuerpos doblados en posturas animales, y las manos convertidas en garras.

—Sí —dijo Dozer, y se estremeció. Luego, apagó su cigarrillo junto al de Eduardo, y la colilla se quedó plantada como una lápida en un camposanto de ceniza.

—Se formó una estampida. La gente corría hacia el fondo de la calle, intentando alejarse. Jacobo gritaba, pero si dijo algo, no le escuché. Nadie podía escucharle. Mauricio saltó al frente, con sus espadas japonesas en la mano, y se subió a una fuente central mientras daba

instrucciones. No creo que nadie le escuchase, tampoco. Había un lío de mil demonios.

– Puedo imaginarlo.

– No. No puede. Hubo quien calló al suelo, y la gente le pasó por encima como si fuera un saco de patatas. Solo había gritos. Pero el sacerdote no avanzó entre los zombis; ese hijo de puta se quedó junto a la verja, rodeado de ellos, como asegurándose de que nadie saliera.

Dozer suspiró.

– Ese hombre está loco – susurró – Es invisible a los zombis por alguna jodida razón, y es lo que el Doctor Rodríguez está investigando ahora. ¿Porqué?. ¿Cómo?. Pero el destino tiene a veces un sentido del humor muy perro. La única persona con el secreto del fin del problema de los zombis a su alcance, está reventao de la cabeza. Cree que es el Juicio Final, y toda persona viva, está en pecado por el mero hecho de estarlo.

Eduardo inclinó la cabeza.

– ¿En serio? – preguntó – ¿Por eso... hace lo que hace?

– Lo ha hecho allí donde ha encontrado gente viva. Tenemos gente aquí que ha pasado por eso.

– Hijo de puta...

– Solo es un loco – opinó Dozer – Pero un loco muy peligroso.

– ¿Lo tienen encerrado?

– Encerrado y atado.

– ¿Seguro? – preguntó Eduardo – Si se escapase...

—No se escapará. Está atado a una silla y encerrado bajo llave. Es seguro. Ahora está como ido... no hace intento por escapar. Es tan delgado y viejo...

Eduardo compuso una expresión que Dozer no supo cómo interpretar.

—Apuesto a que no está ido —masculló— Creo que finge. Debería haberlo visto moverse. ¿Viejo?. Ese hombre debe tener como cincuenta años y parece una puta elfa cuando se mueve entre los zombis.

—Está seguro, créeme —dijo Dozer— Tendría que ocurrir un puñetero desastre para que se escapara.

Eduardo asintió de nuevo.

—Aquella noche —continuó diciendo, ahora en voz más baja— fue un desastre. No había manera de escapar por ningún lado, todo estaba lleno de zombis, y las vallas eran altas. Aún así hubo quien se las ingenió para tratar de distraer a los zombis. Tiraban latas, otros trataban de dirigirlos usando el haz de sus linternas. Mauricio controlaba el cruce y mantenía a los zombis a ralla con sus espadas. No creía que fuera posible cortar cabezas como él lo hacía, quiero decir, el cuello tiene sus huesos, y no creo que sean tan fáciles de penetrar, al menos no tan rápidamente. Sospecho que los huesos de los zombis no tienen la misma resistencia que las de una persona normal. Daba mandobles y las cabezas y los brazos saltaban en pedazos; algunos ni siquiera tenían sangre cuando los miembros amputados caían al suelo.

“Yo estaba pegado a la pared. Unas chicas se acercaron a mi, ocultándose con un trozo de alfombra que debieron coger de entre la mierda que estaba por el suelo, vestigios de la Feria, supongo. Bueno, funcionó. Se



quedaron allí todo el tiempo, entre la pared y la alfombra, temblando de miedo.

– Joder – dijo Dozer.

– Los zombis son bastante idiotas – dijo Eduardo – Uno puede librarse de ellos con ciertas argucias.

– ¿Así conseguiste salir vivo?. ¿Se salvó alguien más, por cierto?

– Oh, sí. Muchos nos salvamos. Conseguimos escapar. Creo que cuando la gente comprendió que terminarían cazándonos más tarde o más temprano, corrieron hacia la verja de todas maneras. Imagina la situación. Los primeros se daban cuenta de que iban a cogerlos y trataban de recular, pero los que venían detrás empujaban. La gente caía al suelo, y los zombis se tiraban a por ellos – sacudió la cabeza – Mira. Fue... fue espantoso, sí, pero he de decir que funcionó. Cayeron muchos, pero la gente empezó a abandonar el refugio. Había quien se volvía con las manos en la cabeza, llorando o gritando el nombre de alguien. ¡Laura... Laura!

– Lo siento... – susurró Dozer, sin saber qué decir.

– Había una chica a mi lado. Estaba... Estaba comiéndose un mendrugo de pan, no sé si con algo dentro. Me pareció raro. Toda esa gente gritando, corriendo y muriendo, y ella se detuvo a comerse su bocadillo. Quizá lo había reservado largo tiempo y no quería morir sin comérselo. Lloraba mientras lo hacía. A veces me acuerdo de ella y me pregunto si no habría una historia detrás... tal vez alguien se sacrificó para conseguirle el bocadillo, y ella aún no se lo había comido.

Tal vez, pensando que iba a morir, quiso hacer de aquel sacrificio algo importante, ¿sabes?

Dozer lanzó un pequeño suspiro.

—Sí. Eso podría ser...

—Un tipo la vio y le dijo que si le daba el pan, la sacaría de allí. Pensé que la chica iba a reírse en su cara.

—Pero... Eso sí es raro. Quiero decir, en medio de todo ese pánico...

—Lo sé —respondió Eduardo— Pero la chica aceptó. Le dio el mendrugo y se fue con él. Los perdí de vista durante mucho rato. Yo me mantenía pegado a la pared, lejos de la gente que corría. Los zombis son una cosa, pero una estampida puede acabar con tu vida aún más rápido.

—Bien puedes decirlo.

—No sé cómo pensaba sacarla de allí, si es que tenía alguna intención de hacerlo. Los que escapaban jugaban una endiablo lotería: Los zombis podían pillarte o no, lo único que existía allí era una aleatoriedad cruel. No había ningún truco, ninguna táctica. El sacerdote arengaba a sus zombis plantado entre ellos, los empujaba, los dirigía contra los supervivientes. Era... Era escalofriante verlo sonreír entre tanta muerte, como si todo fuera maravilloso.

—En su mente lo era —apuntó Dozer— Estaba haciendo y consiguiendo lo que creía justo: Matar a los vivos y que se convirtieran en zombis. Piensa que Dios nos ha llamado a todos a un juicio final, y que resistirse es actuar en su contra.

Eduardo apretó los puños.

—¿Sabes? —continuó diciendo Dozer— Estoy seguro de que la pandemia zombi habrá sacado a muchos locos a la calle. Puede que alguno de esos locos pareciera o incluso fuera normal, pero el estrés, el miedo... puede disparar muchas paranoias latentes. La mente es un mecanismo muy jodido, y es más frágil de lo que parece. Pero la mayoría de esos locos están sujetos a las mismas reglas que los demás y la mayoría habrán muerto. Si queda alguno por ahí será un tío peligroso, probablemente, y ¡ay de quien lo encuentre!. Pero ese sacerdote... Tiene ese poder, esa capacidad, y en sus manos, es un arma del carajo.

—Lo sé —dijo Eduardo.

Su mente escoró hacia aquel momento, y la luz que entraba por la ventana se tornó en noche, y en su piel sintió el frío de ésta y el sudor helado del miedo que lo envolvió entonces. A sus oídos volvieron los gritos, algunos demasiado agudos, otros graves y terribles, y el ruido de las pisadas en el suelo. Las luces de las farolas ya no alumbraban, porque para entonces, la ciudad estaba sumida en la oscuridad; eso hacía difícil distinguir a los muertos de los vivos.

Mirar a las vallas era perderse en un confuso tropel de detalles. Demasiado movimiento. La única figura distinguible era el padre Isidro, con su débil melena rubia tremolando al viento, y el blanco de sus ojos centelleando en la noche. Se mantenía allí, en pie, con los brazos extendidos, como sumido en una catarsis espiritual completa. Toda vez que alguien intentaba esquivar a los zombis y colarse de alguna manera, cogía

a los muertos de la ropa y los empujaba, cubriendo cualquier hueco que hubieran dejado.

En medio del caos, Eduardo creyó escucharle entonar un cántico lejano y absurdo, pero el detalle se perdió con rapidez en el barullo de gruñidos y dientes que se cerraban en el aire. El hecho de que cantase con cierto

Se estremeció.

—¿Y cómo saliste de allí, entonces? —quiso saber Dozer.

—Pues... —desvió la mirada a la mesa, agachando la cabeza— No estoy muy orgulloso de ello, pero... salí cuando la gente en el suelo era ya mucha y los zombies estaban entretenidos devorando sus cuerpos. Aunque he visto que no se los comen, como en las películas, solo los...

—Solo los matan, sí —dijo Dozer.

Eduardo asintió.

—Para entonces había claros por donde pasar, así que me lancé. Yo y otros muchos. No podría describirte el miedo que pasé mientras corría entre los muertos. Estaba muy oscuro. Mucho. No sabía si el tipo que tenía al lado o delante era una persona o un zombi. Así que corrí. Creo que cerré los ojos en algún momento porque el recuerdo que tengo es de una nube blanca.

—Eso es el miedo —exclamó Dozer.

—Corrí, pisé... salté por encima de alguien o de algo, hasta que me encontré en la calle. Pisé a alguien. ¿Sabes?.

—Joder —exclamó Dozer.

—Lo sé. No estoy orgulloso pero... no... no podía quedarme dentro. Sabía que tenía que salir en ese momento o nunca, y estaba... Estaba acojonado, ¿vale?. No quería ni imaginar aquellos dientes hundiéndose en mi carne, todo ese dolor, esas bocas podridas y esos ojos blancos encima mía... No podía. Te juro que no podía...

Su mandíbula volvió a temblar y se detuvo.

—Hey —dijo Dozer, — Tranquilo. No... No te juzgo, ¿vale?. En esos momentos no se piensa con claridad. Sale el instinto. Y tampoco es que mataras a nadie para salvar el culo, ¿vale?. Solo aprovechaste un momento.

—Es lo que trato de decirme —dijo Eduardo— Pero no es fácil. He estado solo mucho tiempo desde que pasó aquello, y creo que he revivido esos momentos cada noche. ¿Y si hubiera... arrastrado a alguien lejos de allí, salvándole la vida?. Quizá hubiéramos conseguido salir de allí, juntos, más tarde.

—No te atormentes —dijo Dozer— Eso no es sano para la cabeza, ¿vale?. Solo... No lo hagas.

—Eso es fácil decirlo —susurró Eduardo.

—Sigue contándome —dijo Dozer— ¿Dónde fuiste después?

—Es... Estuvimos corriendo por las calles. Nadie tenía ni puta idea de nada. No sabíamos dónde ir, o qué hacer. A veces un grupo tiraba por una calle y otro por otra, y tenías que decidir con quien ir. Era como... “¿será esta la decisión correcta?, ¿será esta la gente con quien sobreviviré?”. Demasiadas decisiones críticas en muy poco tiempo; creo que la gente seguía a quien gritara “¡Por aquí!” más fuerte.

“Había también quien estaba herido. A unos les sangraba el brazo, a otros una pierna, o el costado. Había un tipo... tenía una mirada amable, ¿sabes?, ese tipo de mirada que te hace decir: Coño, ahí hay un buen tipo. Aún sonreía enseñando su brazo. Decía que picaba como si hubiera pasado la tarde frotándose con unas zarzas. Eché un vistazo, y lo supe enseguida.

— ¿Mordisco? — preguntó Dozer.

— Sí. Era un mordisco de un zombi. Yo sabía lo que pasaría con él, lo advirtieron en la tele. Nada te cura de un mordisco de un muerto, te entra como una septicemia, una infección masiva generalizada, una fiebre que te cagas y la palmas. Y luego vuelves como un zombi. Algunos lo habían visto también, y se alejaron de él.

Dozer no dijo nada; podía imaginarse la escena a la perfección. Su sonrisa cambiando a una expresión de confusión, sus ojos dubitativos, mirando a unos y a otros, y la gente diciendo: “Oye. Tío. No vengas con nosotros, ¿vale?”. Y él respondiendo: “Pero tíos. Estamos juntos en esto, ¿no?. Vamos, ¿qué pasa?”. “Te han mordido, joder”. “¡Estoy bien!. ¡Eh!. ¡Miradme!. ¡Estoy bien!. ¿Qué os pasa?”. Puede que alguien le diera un puñetazo y le dejara sentado en el suelo, la sangre asomando por la nariz, o tal vez por la boca, otra vez la mirada perpleja y la gente dándole la espalda, sintiéndose culpable y alejándose.

— Luego pasó algo extraño — dijo Eduardo, encogiéndose de hombros — Muy extraño, en realidad. Había un grupo que había estado rebuscando por el Palacio de Ferias. El interior estaba lleno de zombis, pero

la zona de oficinas estaba vacía. No encontraron nada que llevar al Campamento, pero alguien encontró uno de esos papeles que se reparte entre los niños cuando se les lleva de visita con el colegio.

– Sí... – exclamó Dozer, intrigado.

– Arriba ponía algo así como: Describe tu visita al Palacio de Ferias con un dibujo, y debajo había, de hecho, un dibujo. Un dibujo de un niño, con letras de niño. Ponía “A las once, se reúnen en el Campamento. A la una, se reúnen en el Campamento. A las...” y en medio de esas horas, el dibujo mostraba un sacerdote, con los brazos extendidos, en medio de unos hombres más pequeños, llenos de sangre. Sangre. Sangre por el suelo en alocados trazos de cera roja infantil.

– Qué me estás contando... – graznó Dozer.

Eduardo compuso una sonrisa afectada, pero los ojos no acompañaban.

– Era un papel viejo, encontrado en las oficinas del Palacio, dibujado por un niño. Una niña, perdón... había firmado el dibujo pero no recuerdo el nombre. Clara, tal vez. Y mostraba algo que acababa de ocurrir.

– ¿Por qué esa persona guardó el dibujo?

– Ponía “A las once, se reúnen en el Campamento”. Fue cuando llegamos al Campamento. Así lo llamó Jacobo cuando habló con nosotros. Estuvimos dos horas buscando, y cuando Jacobo habló otra vez, serían como la una. El papel lo ponía también: “A la una, se reúnen en el Campamento”.

– Me cago en la puta – exclamó Dozer – Me estás poniendo los pelos de punta.

Echó mano al paquete de tabaco y extrajo otro cigarro.

Eduardo sonrió.

— Dicen que fumar es malo, pero cuando la ciudad está llena de zombis, lo que es malo es que se te acabe el tabaco y tengas que salir a por más.

Dozer soltó una carcajada.

— No me jodas — dijo — Sigue contando esa mierda.

— Sí. Había otras horas más. “A las dos, se reúnen en el Campamento”. Miramos el reloj, y con todo el lío, eran casi casi las dos. Lo que había escrito esa niña, antes incluso de que nada de todo esto empezara, se cumplía.

— La hostia — dijo Dozer, dando una larga calada a su Benson & Edges. Permaneció — ¿Crees en esas cosas?. A mi me cuesta. Creo que la vida es demasiado jodida para demasiadas personas como para que haya cabida para ninguna mierda de providencia, o destino, que una niña pueda pintar en un papel. De existir algo así, alguien ahí arriba tiene un coco muy retorcido.

— Bueno. No lo sé — respondió Eduardo — No pienso mucho en todo eso. He tenido bastante con permanecer escondido por las noches e ingeniármelas para conseguir cosas como agua, o comida.

— Ya. Claro.

— El caso es que nos acercamos al Campamento, para ver si el papel tenía razón, y las cosas se habían calmado. Bueno, un poco. El sacerdote no estaba, y los zombis tampoco. Alguien dijo que habían salido detrás de la gente que había conseguido escapar, dándoles caza. Pero aún así había mucho miedo todavía, ¿sabes?. Y



había cadáveres... algunos tenían el pecho abierto, y sus... intestinos, estaban desparramados por la calle. Recuerdo el olor a sangre, muy fuerte, muy intenso. Olía como cuando de pequeño te daban un balonazo en la nariz y salía sangre...

– Sí que huele...

– Todo eso provocaba reacciones inverosímiles en las personas. Había grupos, y había quien se sentaba en el suelo y lloraba. Todo el que tenía sangre en el cuerpo, fuese suya o no, era mirado con recelo o con odio. Alguien se desmayó, y la gente se apartó de su lado como si estuviera infectado. Tal vez pensasen que le habían mordido, y que iba a convertirse.

– Entiendo... Creo que... puedo comprender eso.

Eduardo asintió de nuevo.

– Miedo. Sobre todo había miedo. La reja se cerraba con un pestillo de hierro, muy grande. Era suficiente para los zombis, claro, porque no tienen capacidades para manipular cosas; pero para el cura era otra cosa. Sabíamos que podía volver y entrar en cualquier momento. ¿Quién podría impedirselo, siempre rodeado de zombis?.

– Ya – soltó Dozer, apretando los dientes.

– Jacobo nos convocó a todos –sonrió– como decía el papel de la niña, exactamente como en el papel, a las dos en punto. Nos dijo lo que ya sabíamos, que el campamento no volvería a estar seguro si ese cura seguía rondando por ahí. La gente estaba histérica. Decían: “¡Pero los zombis no le atacan!”, “¿qué está pasando?” y cosas así. La verdad es que hubo un buen follón. Algunos estaban encendidos de paranoia religiosa;

algunos llegaron a creer que el cura tenía razón, y que estábamos ante el Juicio Final.

– La madre de...

Eduardo sacudió la cabeza.

– Lo sé. Todo pasaba muy rápido, y no te daba tiempo a emitir juicios. No lo hice, solo escuchaba y reaccionaba a lo que ocurría a mi alrededor. Demasiadas cosas, ¿sabes?. Jacobo nos pidió que fuésemos a capturar a ese sacerdote. Capturarlo o eliminarlo, le daba lo mismo. Hubo brazos levantados y hubo miradas de terror y estupefacción, la gente se encontró dividida respecto a eso.

– No jodas que algunos estaban a favor del sacerdote...

– No a favor – explicó Eduardo – pero creo que pensaban que seguían viviendo en el mundo de antes. ¿Matar a alguien por la propia mano?

– Entiendo – exclamó Dozer.

– Cuando la gente se enfrentó, todo se volvió un poco caótico, y dejé de escuchar a Jacobo. El jefe de seguridad iba de un lado a otro. De pronto alguien pegaba un puñetazo a otro y alguien más le reducía, con ayuda de un tercero; pero al segundo siguiente surgía otra bronca en alguna otra parte.

– Por el miedo – susurró Dozer.

– Imagina. Quien no reaccionaba con violencia lloraba, o gritaba, o se mecía en el suelo, en alguna esquina, como una ruina psicológica. Creo que... no llegué a decidir si alguno tenía razón. Unos echaban la culpa a otros, alguien decía que tendrían que haber ido a por armas primero, y no faltaba quien pedía un móvil

para llamar a la policía para el asunto del sacerdote. Decían... que debía ser juzgado.

—En... ¿serio? —preguntó Dozer, sorprendido— ¿Llamar a la policía?. ¿De qué agujero habían salido?. A eso lo llamaría negar la realidad.

—Creo que aún por entonces, o especialmente entonces, la gente empezaba a actuar como si no estuvieran en sus cabales. Hacía mucho que los móviles habían dejado de tener cobertura, y... joder, todos lo sabíamos. Y además habíamos visto ya coches de la Guardia Civil abandonados en la calle, policías muertos, y zombis con uniformes antidisturbios. Ver a alguien pidiendo un móvil para llamar a la policía era... no sé... inquietante.

—¿Inquietante?. Inquietante es cuando vives solo y escuchas un ruido en la cocina. Eso es otra cosa, tío. Es como... ¿qué esperaba, que cogiera alguien el teléfono en plan: Buenas noches, dígame qué le ocurre? —exclamó Dozer.

Eduardo sonrió otra vez. No sabía si lo aceptarían o no, pero aparte de la necesidad de buscar cobijo y refugio con otros seres humanos, empezaba a desear con intensidad que lo aceptaran, y era por Dozer. Le hubiera valido cualquier cosa, pero Dozer empezaba a gustarle, mucho; por primera vez en mucho tiempo se sentía como si estuviera sentado en algún bar, hablando con algún colega, de las cosas que van y de las cosas que no van tan bien.

—Bueno —dijo Eduardo— Como he dicho, creo que la gente empezaba a desquiciarse. Hubo quien empezó a cubrir los cadáveres, sobre todo los que eran

un montón de tripas expuestas, con chaquetas y camisas. Pero la noche avanzaba con rapidez, y también el frío, y creo que pronto descubrieron que iban a necesitar toda esa ropa, y no solo para vestirse: Para taparse por la noche, y para convertirlos en trapos para varios usos. Ahora, todo tenía o debía tener usos insospechados.

— Sí. Eso es cierto — dijo Dozer.

— Pero hubo también quien se puso en marcha, muy decidido. Formaban grupos y daban saltos mientras decían: “¡Vamos, vamos!”, y comprobaban sus linternas enganchadas a la ropa, o los cordones de sus zapatillas de deporte. Unos llevaban tablones, otros un ladrillo o una piedra... otros, solo los puños.

— ¿En serio iban a por el sacerdote?

— Sí. Creo que algunos de los que iban en primer lugar habían perdido a alguien, por culpa del sacerdote. Tenían la cara roja, encendida, y gritaban con mucha ira.

— Ya — dijo Dozer — Entiendo. ¿Qué hiciste tú?

— Muchos nos quedamos en el campamento. Pensé que no me sacarían de allí ni con jabón. Pero después de unos minutos empezamos a ver zombis otra vez por la calle, y al principio pensamos: Bueno, pues cerramos la verja. Pero si aquel tipo volvía a aparecer, podría abrirla de nuevo y encerrarnos como antes, y esa alternativa nos parecía peor. Las calles podrían no ser seguras, pero al menos podías correr en casi cualquier dirección.

— Muy cierto — comentó Dozer.

— Así que salimos fuera, la mayoría al menos. Eramos un grupo bastante patético... no creo que nadie estuviera pensando en enfrentarse al cura y sus zombis, sino en mantener el culo a salvo, ¿sabes?.

Dozer asintió.

—Había zombis en la calle, a lo lejos. Corrían detrás de alguien, y... no puedo decirte cómo corrían. Nunca había visto zombis tan rápidos. He corrido delante de los zombis varias veces, pero si hubiera encontrado monstruos de ese tipo, me habrían sacado las entrañas por la boca.

—Los llamamos Corredores —explicó Dozer.

—¿Corredores?. ¿Ya los... habéis visto?

Dozer compuso una sonrisa discreta.

—Sí tío. Los hemos visto. Llamamos caminantes a los zombis porque... bueno, es como los llamaba Juan Aranda, y nos gustó. Zombis es más peliculero, ¿no?. Y cuando los tienes delante, el tema de las películas se viene abajo, o sea... no es la misma mierda...

—Sí —dijo Eduardo con rapidez— Sí. Es verdad.

—Así que los caminantes son los zombis que encuentras por la calle. No es que unos corran y otras no... es el ruido y el movimiento lo que los excita, ¿sabes?. Cuanto más se excitan, más rápido se mueven.

Eduardo inclinó la cabeza, pensativo.

—Joder. Eso tiene sentido... ¿cómo no... me he dado cuenta?

Dozer se encogió de hombros, sonriendo.

—Imagino que aquella noche hubo demasiado movimiento. Cuanto más tiempo pasas en una zona, más peligro, porque los gritos y el movimiento de los corredores hace que otros zombis se exciten más, y todo eso hace que los muertos de las zonas de alrededor vayan hacia el punto de conflicto, donde, por lo general, estás tú.

—Ya. Sí. Eso pasó. Cada vez había más zombis. Pensé que era por la proximidad de la ciudad, pero... pudieron ser los disparos.

—¿Qué disparos? —preguntó Dozer— Creía que no teníais armas.

—Ah, si —respondió Eduardo— Ahora voy con esa parte. Escuchamos disparos mientras corríamos y nos movíamos por las calles. A veces bastaba con ocultarse detrás de un coche, pero otras había que cruzar la calle.

—¡Disparos! —dijo Dozer.

—Sí. Alguien dijo que los había escuchado antes, y alguien más dijo que también; el resto no habíamos escuchado nada, pero supongo que con todo el miedo, el terror, y la situación, lo que menos llamaba nuestra atención era el sonido de un disparo lejano.

—¿Se escuchaban lejos?

—No demasiado lejos. Hablamos entre nosotros: Unos decían que podían ser policías, o quizá el ejército. Otros decían que podía ser peligroso, y que era mejor evitar acercarse. Al final nos dividimos. Yo elegí irme con los que querían investigar los disparos, pero llegar hasta allí no fue demasiado fácil...

—¿No os encontrasteis con el sacerdote?

Eduardo se detuvo unos instantes antes de continuar.

—Sí —dijo— Nos lo encontramos de repente, al doblar una esquina. Habríamos sabido que estaban allí si hubiéramos prestado un poco de atención, porque había... había un buen follón, ¿sabes?. Había un grupo intentando capturar al cura, pero éste se movía muy bien con los zombis alrededor, y no era fácil acercarse. Pero

veníamos huyendo de un... un puñetero zombi, uno solo. Un auténtico hijo de puta. Era gordo como un ceporro, y aún así corría como si le hubieran metido una lata de Red Bull por el culo.

– Un corredor.

– Un hijo de puta –exclamó Eduardo– ¿Sabes cómo conseguimos darle esquinazo?. Cogió a uno de nosotros. Creo que nadie pensó en ayudarlo... yo tampoco. Cayó al suelo y el zombi se le echó encima. Quizá pudimos haberle ayudado, haber cogido al zombi por el cuello, no lo sé. Algo. Pero no hicimos nada. Salimos corriendo...

– Bueno –dijo Dozer– Hay que ponerse en esa situación para comprenderlo. El miedo, la excitación... esas cosas todavía hacen correr a los muertos, imagina a un vivo.

Eduardo se miró otra vez las manos.

– Supongo que sí.

– ¿Qué pasó cuando encontrasteis al sacerdote?

– Bueno... nos quedamos mirando a cierta distancia. Parecía imposible capturarlo. El cabrón empujaba a los zombis contra los vivos, o los retenía para formar una especie de escudo a su alrededor. Nos dimos cuenta de que, si tuviéramos un arma, todo sería muy sencillo. Un disparo desde la distancia y... ¡pum!, sacerdote al suelo. Pero nadie tenía nada de eso, e incluso los proyectiles pequeños como las piedras eran limitados, y una vez que los lanzabas se quedaban en el suelo, en sitios inalcanzables, entre los muertos.

– Ya.

—Estuvimos mirando un rato, pero... la cosa no fue bien. Aquellos zombis corrían de veras. Era extraño verlos manejarse, y no solo por la velocidad, era por... porque no tenían en cuenta cosas que cualquier persona normal consideraría, ¿sabes?. Si alguien se ocultaba detrás de un coche, se lanzaba a por él saltando por encima del capó con los brazos extendidos y caía al otro lado de bruces, sin tener en cuenta el daño que podría hacerse. Sé que es algo obvio... son muertos, y no parece que piensen demasiado. Pero verlo era otra cosa —se detuvo unos momentos, como recordando— Algunos cayeron. Había mucho caos, y lo único que hacían era esquivar a los... caminantes. Nos dimos cuenta de que debíamos salir de allí; era cuestión de tiempo que aquel grupo fuera eliminado, o salieran corriendo. Si salían huyendo, entonces el objetivo automático seríamos nosotros.

—Creo que pensasteis bien —dijo Dozer— Entonces os fuisteis.

—Fue aquella chica rubia y alta. El pelo más rubio que haya visto jamás. Se incorporó para irnos, y uno de los zombis la vio. Creo que su pelo era como una antorcha en la noche, casi... resplandecía.

—¿Os vio? —preguntó Dozer.

—Sí. La vio y salió corriendo hacia nosotros. Gritaba como si... no lo sé. Era el grito más espeluznante que haya escuchado jamás. Ni siquiera parecía humano. Apuesto a que tenía la garganta aplastada o algo así, y el aire salía como entrecortado. Sonaba a cañería vieja, a tubo. Sonaba a caverna.

Dozer se estremeció.



— Algunos de los otros zombis se giraron hacia él y nos vieron también. Recuerdo sus caras de “Te he visto”. Eso es lo que decían sus caras. ¿Tiene sentido?

— Sí — admitió Dozer — Me ha pasado. He visto zombis mirándome como si... Casi como si me reconocieran. Esa mirada es chungo, tío. Puede congelarte en el sitio unos segundos, pero son unos segundos que pueden llevarte a la muerte.

— Sí. Eso ocurrió. Para cuando quisimos darnos cuenta, los teníamos encima. Allí... allí nos separamos. Casi todos salimos corriendo en direcciones opuestas, unos con más zombis que otros a la espalda. No todos corrieron. Yo corría y escuchaba los gritos detrás, esos... aullidos de...

Se detuvo otra vez.

— Tranquilo — dijo Dozer.

Era evidente que Eduardo aún tenía mucho que curar. Los sucesos de barbarie y terror que había vivido aún salpicaban sus estado de ánimo conduciéndole por montañas rusas emocionales de despiadados descensos y lentas ascensiones. Había gente así en Carranque, pero pasaban los días haciendo tareas en el interior y ni siquiera se acercaban a los muros, para evitar ver a los zombis odiando desde el otro lado de las rejas. Sencillamente, no estaban preparados para soportar esa visión, otra vez; estaban rotos, deshechos mentalmente, debilitados, tal vez para siempre. Esa gente nunca les acompañaría en sus misiones en busca de alimentos o herramientas, y el Escuadrón de la Muerte empezaba a echar en falta algunos integrantes más. Eduardo no sería uno de ellos, en mucho tiempo al menos.

—¿Sabes lo que debe doler eso? —preguntó Eduardo— Que... muerdan tu carne, y tiren, con los dientes, mientras estás vivo y no puedes apenas moverte...

—Debe doler de cojones, claro que sí —exclamó Dozer— Y créeme, he visto cosas que hubiera preferido no ver. Muy al principio, cuando pensábamos que todo era un caso de violencia, ¿te acuerdas?, vi a un tipo saltar encima de otro. Le metió la mano en la boca y apretó. Le metió la mano dentro, y empezó a salir sangre por todas partes. Y lo peor no era la sangre, era el ruido... como un gorgoteo de tubería. Me dieron ganas de vomitar. La mandíbula deformaba su puñetera cabeza, ¿sabes cómo te digo?

—Jesús —exclamó Eduardo con una mueca.

—Pero ahí fue donde me dije: “Violencia, los cojones”. O sea, ¿quién narices hace algo así a otra persona?. No era violencia. Puedes reventar a alguien a golpes si tienes la cabeza llena de odio, como un espasmo, o si tienes la adrenalina a mil porque hay una revuelta y tienes miedo, pero aquello...

Eduardo sacudió la cabeza.

—Pero eso me puso alerta. Tuve mucho cuidado de enfrentarme a los zombis desde ese momento. Aprendí. Cogí eso tan horrible, y en vez de hundirme, lo aproveché. Cada vez que me despertaba de noche con una pesadilla donde aparecía aquella mandíbula ajada, me decía: “Vale. Un recordatorio”, y apretaba los dientes y volvía a dormirme.

—Creo que entiendo... —susurró Eduardo.

—Haz que valga para algo, hombre.

—De acuerdo —concedió Eduardo— Lo intentaré.

Permanecieron callados unos instantes, pensativos. Dozer dejó al nuevo hacer, y le observó mientras parecía ensimismarse. Se dijo que, tal vez, curaba aquellos recuerdos dolorosos, o mejor dicho, la secuela psicológica de esos recuerdos. Su aspecto era la mejor portada de lo que debía haber pasado, del eco de esas experiencias, de toda aquella violencia desmedida y repentina. Dozer sabía que la mente humana es delicada, y era difícil digerir el estar pagando comida con una tarjeta de plástico un día, y viendo gente matar y devorar gente al día siguiente, en un mundo que se derrumbaba por minutos. De hecho, físicamente estaba tan castigado por las experiencias vividas que no sabría decir si estaba en la treintena o incluso una década más allá.. Sus ojos hundidos parecían estar más cerca de los cincuenta, sin embargo, pero otros detalles (cabello, manos, cuello) hablaban de alguien mucho más joven. Luego se preguntó si su propia imagen, contemplada en el espejo, sería muy diferente de la que solía ver antes de que todo pasara. Supuso que, en la práctica, todos habían envejecido un poco, y sobre todo, por dentro.

—Luego... —continuó diciendo Eduardo— me perdí un poco. Quiero decir... no es que me perdiera por las calles, pero estuve corriendo sin pensar. Solo corría, ¿sabes?, como cuando vas a un sitio y tienes la cabeza llena de cosas, y cuando llegas a tu destino dices: “Guau. ¿Cómo narices he llegado aquí?”.

—Sí... solía pasarme a menudo —respondió Dozer, sonriendo.

—Pues de repente estaba en el polígono. Casi todos los locales estaban cerrados, y los que no, estaban vacíos. Eso sí que era un indicador de que el mundo se había ido a la mierda... había herramientas, muebles, un ordenador sobre la mesa de recepción... y no había nadie vigilando, nadie dentro, y nadie robando.

—Ordenadores —susurró Dozer— Fueron la base de todo, ¿cierto?. Ahora no sirven para un carajo.

—Sí. Cómo cambian las cosas. Pues en esa calle, giré a la derecha y me encontré con un callejón donde un grupo de zombis habían acorralado a un grupo de gente. Gente joven, ¿sabes?, sudaban tanto y estaban tan brillantes por el sudor que parecía que habían estado corriendo toda su vida.

—Oh, no —dijo Dozer, anticipándose a la resolución.

—No, tranquilo —dijo Eduardo— Pasó algo curioso. Y lo que pasó me sirvió mucho más adelante. Creo que, si sigo vivo, es gracias a ello.

—¿Qué pasó?

—Bueno, no tenían escapatoria. Uno de ellos intentó trepar por la pared para alcanzar una ventana, y ni siquiera sé para qué, porque tenía barrotes. Pero lo intentó de todas maneras.

—Puede que pretendiera quedarse allí colgado, sin más. Toda alternativa es buena cuando piensas que pueden darte mordiscos hasta que mueras.

—Sí —dijo Eduardo— Pero una chica alta y delgada fue más lista. ¿Sabes lo que hizo?. Se tiró al suelo y se hizo la muerta.

—¿Qué?

— Se tiró al suelo, y se hizo la muerta.

— Eso no...

— ¿No funciona? — preguntó Eduardo — Funcionó. Créeme. Además, sus compañeros la imitaron al instante. Se tiraron todos al suelo, como si hubieran sido abatidos por una bala. Es lo que pensé cuando la vi caer, al principio... pensé: Se ha desconectado. Le ha dado un pismo, un shock emocional, lo que quieras, y se ha caído redonda al suelo.

— Coño, sí — dijo Dozer — Tenía una amiga que iba de paquete en la moto de su hermano. Cuando vio que iban a tener un accidente contra un vehículo en dirección contraria, dice que se desmayó. Que su cerebro dijo: “Esto te lo ahorro... y si vives, vives. Pero no morirás con terror y dolor”. Siempre me pareció flipante, que el cerebro pueda hacer estas cosas.

Eduardo asintió con suavidad.

— En todo caso, no fue así. Se hizo la muerta. La vi respirar, de hecho la vi intentando respirar con menos intensidad, para no llamar la atención. Y la vi espiar con un ojo lo que pasaba.

— Pero, ¿tú dónde estabas? — quiso saber Dozer — No me entero.

— Yo estaba al principio de la calle, a la espalda de los zombis — explicó Eduardo — Había unos contenedores allí, y me escondí tras ellos, por si... por si alguno de los muertos se daba la vuelta de repente.

— Vale... ¿y funcionó, dices?.

— Ya lo creo que funcionó. Los zombis se adelantaron y empezaron a moverse entre ellos, aullando, moviendo la cabeza en todas direcciones, como

si buscaran... eran como... niños pequeños, ¿sabes?, en plan: “¿Dónde está?, ¡oh!, ¡no está!”.

Dozer dejó escapar un bufido con la ocurrencia.

– Como niños... – exclamó.

– Puede que no sea el mejor con los ejemplos – dijo Eduardo – pero buscaban y husmeaban, y se acercaban a los cuerpos caídos como si estuviesen olisqueándolos, como si trataran de determinar si estaban vivos o no. Supongo que eso es algo muy animal, pero también fue un comportamiento muy curioso... como si... o sea, creo que demuestra cierto raciocinio. ¿No es inquietante?

– Pues... un poco, sí – dijo Dozer, incómodo. Luego pensó unos instantes y terminó por revolverse, incómodo, en la silla – Maldita sea, Eduardo. No quiero pensar que razonan ni por un segundo. La próxima vez que tenga un zombi delante, y la vida de mi compañera Susana, de Uriguen, o de José, dependan de lo rápido y certeramente que dispare una bala, no quiero dudar. No me hagas dudar. No quiero mirar a sus ojos con una puta pregunta.

– Bueno – exclamó Eduardo – Solo era una ocurrencia.

– Ya, joder – soltó Dozer – Pero... En fin, ¿cómo acabó la cosa?. ¿Los zombis se fueron, sin más?

– La mayoría si. Solo se quedó uno... uno que iba vestido con uno de esos delantales de cocinero. Era grande. Era robusto. Y se quedó allí un rato, gruñendo desconcertado.

—Qué hijo de puta —exclamó Dozer— A veces me pregunto qué carajo pasará por su mente, o lo que quede de ella.

Eduardo asintió.

—Pues escucha: Luego se sentó al lado de uno de los tíos...

Dozer pestañeó.

—¿El zombi se... sentó?

—Se sentó —respondió Eduardo.

—¿Junto a uno de los que fingían estar muertos?

—Se sentó justo al lado.

—Qué cojones —soltó Dozer.

—Se quedó allí, mirando a un lado, a otro... hasta pareció que dormitaba.

Dozer pestañeó varias veces, arrugó la nariz y giró la cabeza para mirar por la ventana. El día progresaba con rapidez, el día estaba despejado y el Sol incidía en los cristales disfrazando el polvo y la suciedad de sugerentes formas. Antiguamente, hubiera salido a pasear, disfrutando del Sol en la cara y deteniéndose a tomar una cerveza en cualquier parte. Parecía que había pasado diez millones de años desde que hizo algo parecido por última vez. Pensó después que, en todo ese tiempo, nunca había visto un comportamiento semejante entre los caminantes. Ni siquiera había visto a uno de ellos sentarse, aunque fuera en el suelo; siempre andaban por ahí con su paso errático, deambulando sin rumbo, infatigables. Pero al mismo tiempo, nunca se le había ocurrido fingir estar muerto para pasar desapercibido. Nunca pensó que funcionara. Pensaba que los zombis percibían la vida, de alguna manera, o algún olor

esencial, o el ritmo inaudible de los latidos del corazón, o el sonido suave de la respiración. Cualquiera de esas cosas. Se dijo que, tal vez, de haberlo hecho habría observado algo similar.

—No sé cuánto tiempo pasó, la verdad —continuó diciendo Eduardo— Era todo bastante hipnótico, y creo que al estar allí en cuclillas, después de toda la tensión, tuve un momento de desconexión.

—Sí —coincidió Dozer— A veces pasa.

—Llegué a pensar en hacer algún ruido, ¿sabes?. Atraerlo al final de la calle, para que les diera una oportunidad. Pero en la calle principal se escuchaban ruidos... como pasos, ruido de... no sé, fricción.

—Caminantes —susurró Dozer.

—Sí. Así que, si hacía ruido, corría el riesgo de atraer a otros.

—Y... ¿cómo escapaste? —dudó un instante y añadió— ¿Escaparon los otros?

Eduardo se miró brevemente las manos.

—No... no lo sé. Los ruidos empezaron a ponerme nervioso, ¿sabes?. Hasta parecían más cerca. Cada vez más cerca. Imaginé que me bloqueaban la salida del callejón y...

—Oh. Te fuiste —susurró Dozer.

—Sí —exclamó Eduardo.

—Bueno. Puede que lo consiguieran —dijo Dozer— No es que... los dejaras atrapados contigo como única posibilidad de salvación.

—Eso pienso... —susurró Eduardo.

—¿A dónde fuiste a continuación?



—Bueno. Estaban aquellos disparos. Hubo otros cuando salí de allí, así que fue fácil guiarse. Recordaba haber pasado por esas calles antes, pero ahora había... había cadáveres de gente. Muchos. Muchísimos. No sé qué carajo debió pasar allí pero debió haber sido una carnicería. Estaban ensangrentados, hechos polvo. Algunos no tenían ni cara. Eran de esos cadáveres que cuando se convierten en zombis dan un miedo que acojonan...

—Sí...

—Pasé por allí a toda prisa. No tenía mucha idea de cuánto tardaba alguien en... convertirse... pero intuía que era poco. No, sabía que era poco. Así que pasé muy rápido, mirando en todas direcciones. De veras. Miraba a un lado y a otro tan rápido que casi me descoyunto el cuello. Creo que si pude dormir en las semanas que siguieron, rodeado de zombis, en lugares expuestos y de alto riesgo, fue porque ningún otro terror fue superior al que pasé en aquella calle.

—Tu bautismo de fuego —comentó Dozer con suavidad— Todos hemos tenido el nuestro.

—Sí. Coño, es que... no sabía cuándo alguno de aquellos cadáveres iba a convertirse, ¿sabes?. Pasaba cerca de alguna mano tendida y me quedaba mirándola, como si fuese a moverse en cualquier momento. Los ojos muertos parecían mirarme de reojo como si estuviera adentrándome en alguna trampa, ¿sabes?, como si estuvieran esperando y, en cualquier momento, fueran a ponerse en pie y a lanzarse contra mí.

—Eso es miedo, sí —dijo Dozer con una sonrisa afligida.

—En un momento dado, vi algo moverse con la vista periférica. No sé qué carajo fue... una rodilla, un... Un algo. Tal vez no fuera nada, tal vez solo creí haber visto algo, pero eso me hizo salir corriendo como si me llevara el diablo.

Dozer rió con ganas.

—Si que te hubiera llevado, sí —dijo— tal vez no la carne, pero sí tu alma.

Eduardo pestañeó.

—Gente sin alma —susurró— Joder. Eso tiene

—Corrí y corrí y no paré de correr hasta que me di cuenta que había salido de las calles estrechas del polígono. Me alegré, ¿sabes?. Me alegré porque allí me había sentido atrapado, muy atrapado. El sonido rebotaba por las calles y siempre tenías la sensación de peligro.

—¿Así escapaste de aquello?. ¿Ese fue... el final?

Eduardo negó con la cabeza.

—No. Estaban aquellos tipos, los que disparaban. Había... un jaleo enorme alrededor. Pero había gente, gente viva... y eso me atrajo como la luz a una polilla.

—¿Quiénes disparaban?

—Era algún grupo armado. Gente muy rara, ¿sabes?. Tenían un vehículo, una especie de furgoneta grande, como uno de esos cochazos americanos, y estaban en mitad de una explanada. Allí había, o hay, muchas explanadas. Creo que los usaban como parking para feria.

—Sí —dijo Dozer— Es un buen sitio para controlar desde la distancia quien se acerca, sobre todo si tienes un vehículo a punto.

Eduardo asintió.

—La gente iba y venía, y ellos mismos se ocupaban de los zombis. Quiero decir que cuando algún grupo se acercaba, la gente los distraía y se los llevaba lejos. Y cuando no podían, el grupo se ocupaba de ellos con sus armas.

—Paramilitares —exclamó Dozer.

—Bien. Sí. Alguno vestía un chaleco de color verdoso. Panuelos en el cuello. Cinturones cruzados en el pecho con munición, ese tipo de cosas.

—El tipo de cosas que tienes en tu casa y que, cuando estalla la pandemia zombi, coges del armario —bromeó Dozer.

—Exacto —exclamó Eduardo— Unos pintas buenos. A saber de dónde sacaron toda ese arsenal y para qué lo usaban. Sus expresiones eran... bueno, era como si les hubiera tocado la lotería. Estaban allí y tenían esa expresión de ventaja y de fuerza en la cara. Estaban encantados de que todo eso estuviera pasando, ¿sabes?.

—Conozco el perfil —dijo Dozer— Pero, ¿qué hacían, en realidad?. ¿Os ayudaban realmente?.

Eduardo se revolvió en su asiento.

—Bueno. Yo no diría que ayudaban. Cuando avanzaba allí, paré a uno de los grupos que corrían de un lado a otro. “¿Qué pasa?”, pregunté. Me contaron que esa gente tenía bengalas. Eran las bengalas que necesitábamos para marcar la posición de los que iban a venir a rescatarnos, ¿entiendes?, así que todo el mundo estaba muy frenético haciendo lo que los paramilitares decían.

—¿Hacer? —preguntó Dozer— ¿Cómo qué?.

— Pedían cosas como gasolina, comida... cualquier cosa que les fuera útil.

— Entiendo — susurró Dozer.

— No me acerqué demasiado, ¿sabes?, parecían el tipo de personas que pueden disparar sobre uno sin pestañear, pero estuve lo bastante cerca como para escuchar lo que decían. Había una chica rubia, muy linda, que estaba diciéndoles que estaba embarazada de uno de ellos, y eso no parecía impresionarles. No había... favores, ni caras conocidas, ni trato especial. Ni siquiera para mujeres, ya sabes...

— Sí — dijo Dozer, apretando los dientes.

— Solo querían cosas útiles. Muchas. Todos sabían dónde empezaba el trato pero nadie sabía dónde terminaba. Ya abían traído todo lo que pudieron desde el Campamento, todo lo que habíamos recabado de los alrededores, y más cosas. Lo hicieron formando hileras, y se pasaban las cajas y las bolsas, esquivando siempre a los zombis. No siempre fue fácil, pero tenían a quien distraía a los zombis. Los paramilitares, sin embargo, nunca estaban contentos; seguían pidiendo: “No es suficiente”, decían. Y si protestabas demasiado te encañonaban con uno de sus rifles.

— ¿Y el padre Isidro? — preguntó Dozer.

— Se decía que lo mantenían ocupado en alguna otra parte... aunque... las noticias no eran muy buenas.

— ¿Noticias?. ¿Qué noticias?

— La gente que iba y venía, y nos contaban cosas. Todos sabían que era importante mantenerlo alejado de allí, pero los que le hacían frente... caían demasiado rápidamente.

— ¿En serio le... hacían frente?. ¿Pero porqué?...

— Hubo quien se acercó lo suficiente para cogerlo. Lo agarró por la espalda y le sujetó con fuerza, así — hizo un gesto con los brazos, como si abrazara a alguien invisible— pero el tipo es todo huesos. Se deshizo con facilidad, y tenía a los zombis. Siempre estaba cerca de ellos, los usaba como parapeto y los mantenía histéricos, siempre gritando y haciendo aspavientos. Esos zombis estaban alerta... corrían como campeones olímpicos, y cuando creías que podías escapar de ellos, en el último momento daban un salto y te cazaban.

— Muy bien — concedió Dozer — pero... ¿por qué arriesgarse tanto?.

Eduardo se encogió de hombros.

— Sabían que, si le deteníamos, podríamos trabajar más tranquilamente. Era curioso. Cuando solo estaban los zombis, éstos eran la amenaza, y era una amenaza más que suficiente. Con el padre Isidro, los zombis en sí no parecían algo tan inmanejable, ¿me explico?.

Dozer sonrió.

— Y si de repente miras hacia el cielo y ves caer un meteorito de dos kilómetros de largo, el Padre Isidro parece alguien a quien abrazar antes de morir, ¿eh?

Eduardo sacudió la cabeza, intentando no responder a la broma pero sin poder evitar un pequeño acceso de humor.

— Joder — dijo — Supongo. Sí. Pero... aquella noche estaba él, y estaba dando caza a la gente con mayor rapidez de la que nadie hubiera podido imaginar.

— Ya — susurró Dozer, ahora solemne — Menudo hijo de puta.

—El caso... es que el tiempo se acababa. Se nos acababa a todos. Alguien se puso nervioso e intentó enfrentarse a los paramilitares. Fue una visión triste. Levantaba los brazos y gritaba: “¡Vamos, vamos, podemos con ellos!”. Pero nadie le siguió. Nadie. En el último momento se supo solo. Miró alrededor y se supo solo, ¿sabes?, y cuando los paramilitares detectaron el brote de insurrección, o de determinación, como quieras llamarlo... dispararon contra él.

—Jesús —dijo Dozer.

—Le acribillaron a balazos. Muchos más de los que hubieran hecho falta para matar a cualquiera. Creo que era un mensaje. Querían asegurarse de que todos miraran y se dieran cuenta de que se lo habían cargado.

—Suenan a eso, sí —susurró Dozer.

—Creo que entonces supe... que no habría bengalas.

—¿Oh?.

—Y no las hubo —escupió Eduardo, apretando los dientes— No sé. Quizá si llegaron a tener la intención de corresponder al trato, pero... Fueron los disparos. Creo. Dispararon mucho, muchísimo, incluso dispararon al cuerpo cuando ya estaba en el suelo, inerte, Se sacudía como si lo estuvieran electrocutando, ¿sabes?. Pues los disparos suenan mucho, sobre todo en esa explanada. Uno, y otro, y otro más.

—Supongo que... tanto ruido atrajo a los zombis.

—Sí —dijo Eduardo— Exacto. Llegaron por oleadas desde todas partes, y a lo lejos vislumbré al padre Isidro acercándose, rodeado de muertos. Es una imagen que tengo grabada en la memoria. Los zombis

suelen ir encorvados, ¿cierto?, sobre todo cuando están inquietos y alerta, como los animales. Isidro es un hombre alto. Aún en la oscuridad pude ver su cabeza destacando entre la masa, los brazos extendidos y el pelo blanco moviéndose al viento como telarañas. Ese... pelo de mierda; qué grima daba.

—Lo sé —dijo Dozer, moviéndose incómodo en la silla. Llevaba ya rato sentado y las costillas empezaban a dolerle un poco.

—No sé muy bien qué pasó después. Creo que, viendo aquello, algunos intentaron llegar hasta el coche de los paramilitares. No imaginas cómo lo tenían, lleno de cosas: Todas las cosas que les habíamos traído nosotros. Hubo disparos, y hubo quien cayó muerto al suelo. Los zombis empezaron a correr, y alguno vi doblarse hacia atrás y caer como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza. Creo que entonces, aquellos tipos decidieron que no tenían balas suficientes para todos y que, de todas formas, era una estupidez malgastar la munición en algo que podía evitarse con facilidad. Subieron al coche y se piraron.

—¿Se... piraron? —preguntó Dozer— ¿Se llevaron todo y os dejaron sin bengalas?

—Ninguna bengala —suspiró Eduardo— La gente corría detrás de la furgoneta suplicando que les dieran las bengalas. "¡Las bengalas!", gritaban. Joder. Cuando se alejaban, dieron un giro brusco y una de las cajas de comida cayó al suelo. No pudo verlo bien... estaba lejos y era de noche, pero si te digo que eran latas de albóndigas, o callos, o alguna de esas mierdas, no me equivocaré demasiado. Pensé brevemente que alguien

había arriesgado su vida aquella misma tarde para conseguir esa caja, y ahora... ahora estaba allí, tirada en el suelo. Por lo que sé, aún podría seguir allí.

—Es jodido —aceptó Dozer— Pero, ¿qué hicisteis entonces?.

—Hubo un follón tremendo. La gente gritaba, es lo que más recuerdo: Los gritos. Escuchaba al sacerdote hablar del Juicio Final, y de los muertos, y de la resurrección... no sé por qué cojones decía que todos éramos pecadores, y que debíamos dejar de luchar y abrazar al Señor en los cielos. Joder. Algunos debieron de creerle... algunos se acercaron, llorosos y temblando, y se dejaron atrapar por los zombis.

—No puede ser...

Eduardo suspiró largamente.

—La gente se rinde. Se rinde, simplemente. Llega un momento que no pueden más, y si les das una pistola y les dices que con eso se acaba todo, apretarán el gatillo.

—No me lo creo —masculló Dozer.

—Eso hacen. Deberías leer algo sobre ese tipo de experimentos que hacen en salas cerradas, celdas, y algo sobre psicología de masas. Es como cuando miras un documental sobre la Segunda Guerra Mundial y ves a los judíos arrodillarse al pie de la fosa para dejarse matar por un tiro en la sien. Alguien de nuestro tiempo se rebela, dice, ¿qué coño es eso?. Pero entonces es lo que hacían. Tenían hambre, tenían frío, estaban débiles y en muchos casos enfermos. Se dejaban matar. Llega un momento en el que... no puedes absorber más.

—¿Pero qué coño? —preguntó Dozer.



Eduardo suspiró. Llevaba un buen rato jugando con sus propias manos, mirándose los dedos y cabizbajo.

—Entonces... Bueno, yo y un grupo decidimos volver al Campamento. No teníamos una idea mejor. Más allá de esa zona todo eran bloques de viviendas, calles llenas de coches, y la Autovía, que ahora era un hervidero de zombis. Todos esos lugares eran peligrosos de cojones, y no eran ninguna opción. Y allí estaba el padre Isidro, y todos esos zombis atraídos por los disparos, las correrías y los gritos. Algunos, por supuesto, eran gente que estuvo a mi lado cuando la noche empezó. Gente que había querido sobrevivir, había muerto, y ahora eran parte del problema.

—Lo sé —dijo Dozer— Es lo jodido de esto.

—Bueno. Joder. Tengo la boca seca. Pero no queda mucho, me temo. No hay... un final feliz.

—Lo imaginaba —dijo Dozer.

—Llegamos al campamento corriendo tan rápido como pudimos. Alguien tenía la rodilla chunga y cayó al suelo con la carrera. Una buena caída: Las manos desolladas, también la cara. Pero la rodilla era lo peor. Aullaba de dolor mientras apretaba los dientes y se miraba la pierna bloqueada como una ele. Lo dejamos allí. Sabíamos que los zombis iban detrás nuestra: Las calles que habían estado más o menos tranquilas hacía pocas horas eran un horror de pasos, lamentos, así que si intentábamos ayudarle, si nos deteníamos, caeríamos todos.

Dozer no dijo nada. Eduardo lo percibió pero continuó su historia de todos modos.

—El campamento... Bueno, el grupo original que había estado cuidándolo, se enfrentaba a una horda, y me refiero... a mogollón de zombis. Coño. Muchísimos. Nos congelamos en la carrera y nos quedamos mirando, tan perplejos como asustados. Nos escondimos detrás de uno de los coches. Había unos árboles dispuestos por las aceras y hacían que todo estuviera en penumbras. Y estuvimos mirando, ¿sabes?, y joder, supimos enseguida cómo acabaría porque... el tipo de las dos katanas, Mauricio, se manejaba bien, y también la chica, y los que habían estado controlando la puerta. En serio. Eran buenos. Aquí os habrían servido de mucho. Pero eran solo unos pocos y las cosas no son como en las películas, o sea, casi podía sentir el esfuerzo que Mauricio hacía cada vez que usaba su arma. El hueso es duro, ¿sabes?. La espada se clava, pero luego no sale con tanta facilidad. Es un tiempo precioso el que se pierde, y cuando se acercan zombis en todas direcciones, al final decides no usar la espada sino las piernas, y lanzas una patada porque no puedes hacer otra cosa. Supongo que los brazos duelen cuando has repetido los mandobles varias veces.

—Todo esfuerzo físico acaba pasando factura — dijo Dozer— Incluso disparar agota. Tengo un moratón aquí en el hombro, del retroceso del arma, ¿sabes?, así que no sé lo que debe suponer golpear a alguien con una katana, por muy afilada que esté.

—Exacto. Así que apretamos los dientes esperando ver el final.

—Que terminó por llegar, supongo — dijo Dozer.

—Aún no. No todavía. El papel de la niña, ¿recuerdas?, marcaba una última reunión en el descampado —sacudió la cabeza— No había más notas. Aquella niña lo sabía, era realmente la última reunión, y nos lo había marcado desde el principio. O sea, pudo haber escrito “y vivieron felices y comieron perdices”, pero no dibujó nada más, solo aquel dibujo horrible del sacerdote ensangrentado.

—Joder —masculló Dozer— ¿Y el líder?, ¿cómo se llamaba?

—¿Jacobo?

—Sí. Jacobo.

—No lo sé. No lo vi por allí. No... no estaba. Imagino que cayó en algún momento. También cayeron los otros tipos. En un momento dado, solo estaban Mauricio y Mónica, y creo que comprendieron que si seguían allí, entre los zombis, tarde o temprano caerían también. Era imposible controlar todos los flancos. Estabas ocupándote de los zombis que tenías delante y algún otro te agarraba por detrás. Dios mío. Desde entonces, a veces lo he pasado mal, pero nunca nada como aquello. No quiero ni imaginar lo que debían estar pasando.

—Yo creo que puedo, pero para cada persona es diferente, supongo. El miedo es diferente...

—El caso es que consiguieron salir. Uno de nosotros ayudó. Salió del escondite y empezó a chillar, y se llevó a un buen montón de zombis de la puerta detrás suya. Nunca volví a verlo, pero espero que consiguiera llegar a alguna parte y esconderse.

—También yo —dijo Dozer, ceñudo.

—Mauricio y Mónica aprovecharon ese momento. Los cazamos al vuelo, mientras corrían, y nos fuimos juntos. A pesar de todo, los zombis cazaron a dos de los nuestros, los más rezagados. Cayeron al suelo y se lanzaron sobre sus cuerpos. Era difícil de comprender lo que ocurría, toda esa montaña de cuerpos en el suelo, sofocando los gritos. Creo que debieron morir asfixiados, eso creo. Y tanto mejor.

—Cierto —apuntó Dozer.

—No hablamos mucho por el camino. Estábamos concentrados en correr, otra vez. Creo que corríamos por encima de nuestras capacidades físicas, porque nunca había corrido tanto ni he vuelto a hacerlo. Era correr o morir. Mauricio estaba tan agotado que a veces tenía que bajar los brazos y las katanas producían un sonido metálico y lanzaban chispas. Luego se daba cuenta y las subía de nuevo.

—Caray —soltó Dozer— He vivido más de una y más de dos situaciones con zombis en lo que llevamos desde el brote, pero es difícil ponerse en tu piel. Tuvo que ser acojonante.

—Lo fue —susurró Eduardo— Pero... todo te moldea y te construye. Si me hubieran dicho al principio que iba a vivir algo así, me habría tirado por la ventana. En serio. Pero lo que pasé aquella noche me sirvió en todas las siguientes. Me... endureció. He llegado a dormir en una habitación con los zombis golpeando una puerta desde el otro lado. La única puerta. Y me dormí pensando: “Bueno, es todo lo que puedo hacer”.

—Jesús. Qué huevos.

—La mente se cansa de tener miedo, tío. Se cansa. Punto. Llega un momento que haces lo que puedes y eso es todo. Y si llega el día siguiente bien, y si no también.

Dozer suspiró y pensó durante unos instantes. Finalmente, asintió con gravedad.

—En fin —continuó Eduardo— Finalmente dejamos atrás a los zombis y llegamos a la explanada. No fue fácil, ¿eh?, tuvimos que dar unas cuantas vueltas, porque si había supervivientes allí, no queríamos llevarles una sorpresa añadida. Era fácil imaginar que, caso de quedar alguien, estaría tan exhausto como nosotros.

—Bien hecho —exclamó Dozer.

—Allí nos esperaban sorpresas. No había bengalas, eso era un hecho, pero alguien había conseguido unos cohetes grandes, como esos que se explotan en Navidad y suben muy alto y hacen formas y colores.

—¡Ah, sí!. No solo en Navidad.

—No, no solo en Navidad. La gente estaba contenta, tan contenta como nerviosa. Sabíamos que era posible que los cohetes atrajesen a todos los zombis de alrededor, y que tendríamos que apañárnoslas en el tiempo que distase entre lanzar los cohetes y esperar ser rescatados, si es que venía alguien.

—Claro —dijo Dozer, poniendo los codos sobre la mesa, ahora vivamente interesado en lo que pasaría después a pesar de que el final estaba más que anunciado.

Eduardo, como si le hubiera leído la mente, continuó.

—Como puedes imaginar, las cosas no salieron muy bien. Lanzamos los cohetes, eso es cierto y vaya si subieron hacia el cielo. ¡Preciosos!. Pero fue una bonita despedida de la vida para casi todos.

—Oh, joder.

—No vino nadie. Nunca vino nadie. Quizá nadie vio los cohetes, quizá la gente del otro campamento estaba encerrada en algún refugio pensando que no habría ya ningún aviso porque eran casi las seis de la mañana. O quizá las cosas se complicaron para ellos también —se encogió de hombros— Quien si vino fue el padre Isidro.

—Coño... —soltó Dozer— Ese hijo de puta está a la que salta.

Eduardo miró de nuevo por la ventana. Habían pasado semanas, pero ciertos recuerdos se revolvían en su mente como si acabaran de ocurrir.

—Eso significaba, al menos, que toda la gente de la explanada había muerto, o se había dispersado por ahí. No creo que ninguno llegara a alguna parte. Éramos casi un millar de personas, y allí no quedábamos más de... ¿treinta?.

—Y de esos treinta...

—Solo quedé yo, me temo. Mauricio y Mónica intentaron hacer frente al sacerdote, pero arrastraba una desmesurada cantidad de zombis con él. Las katanas se movían con rapidez pero no eran suficientes. Su brillo metálico se apagó en una caterva de muertos enfurecidos. Mónica cayó muy poco después. Vi a algunos salir corriendo, pero no puedo decir que nadie lo consiguiera. De todas maneras, todo pasó muy rápido. Si

vieras la sonrisa y la satisfacción del cura... Si vieras el fulgor de la locura en sus ojos...

–Lo siento, tío –susurró Dozer– Pero, ¿y tú?. ¿Cómo lo conseguiste?.

–Me tiré al suelo entre unos cadáveres y me hice el muerto.

–Oh. Claro.

–El suelo estaba frío y húmedo –explicó Eduardo– Creo que era la sangre de los que tenía al lado. Era bastante desagradable, pero lo que tenía alrededor lo era aún más. El sacerdote terminó por irse, siempre escoltado por su pequeña tropa, y muchos de los zombis se quedaron allí, dando vueltas, gruñendo y gritando a la luna. No... no terminaban de irse, ¿sabes?. Era como si me sintieran. Daban vueltas a mi alrededor, confusos, gruñían y volvían a irse. Pensé que era mi corazón desbocado por el miedo, e intenté tranquilizarme. Uno de ellos se paró muy cerca mía, se dobló en dos y vomitó una... una cosa infame de sangre y mierda demasiado negra como parecer humana. Se parecía más a... –dudó unos segundos– No importa.

–¿Qué ibas a decir? –quiso saber Dozer.

–Tuve una tía –dijo Eduardo después de unos instantes– Murió de cáncer. La noche antes de irse estuvo vomitando sangre negra. Negro. Era todo negro. Aquello se parecía más a aquellos fluidos contaminados de muerte.

–Lo siento –susurró Dozer, lamentando haber insistido.

–No importa. Seguí allí tumbado hasta el mediodía del día siguiente. Para entonces, los zombis se

habían tranquilizado y se movían con esa lentitud infame que los caracteriza. Me levanté, dolorido y agotado, sediento como no recuerdo haberlo estado en mi vida, y me fui.

—Y... ¿ya está?

Eduardo se encogió de hombros.

—Ya está. Sobreviví como pude las semanas siguientes, escondido en cualquier parte, comiendo... todo lo que podía conseguir. El otro día maté un gato sucio y herido. Le tiré una piedra y me comí casi todo lo que mi estómago pudo aguantar. Luego me odié por ello. Me encantan los gatos, ¿sabes?, pero a veces... a veces haces cosas para sobrevivir que no puedes considerar cuando estás sentado en tu sillón de casa rodeado de lujos y comodidades, y por lujos me refiero a luz eléctrica o agua en el grifo.

—Sí. Lo sé. Descuida. Nadie va a juzgarte aquí. Todos hemos hecho cosas.

Eduardo asintió despacio y se quedó mirando a Dozer.

—Vaya —dijo— Es... Ha tenido que ser toda una experiencia. De las más jodidas que he escuchado por aquí, y he escuchado muchas.

—Entonces... ¿vais a aceptarme? —preguntó Eduardo, ahora con un hilo de voz.

Dozer permaneció callado unos momentos. Eduardo iba a añadir algo cuando Dozer le interrumpió.

—Sí, joder. Claro que sí. ¡Claro que sí!

Eduardo rompió a llorar. Dozer no supo reaccionar al principio, así que se quedó sentado y dejó que Eduardo superase su pequeño arrebató emocional.



—Joder —exclamó éste al fin— Perdona. ¡Soy gilipollas!. Es que... He estado tan solo, pensando que cada día... ¡que cada noche!, sería la última. He tenido miedo de morir mientras cagaba en cualquier rincón, y todo lo que pensaba era: “No quiero morir con el culo sucio, no quiero morir con el culo sucio...”

Dozer soltó una carcajada.

—Dios mío —exclamó— Pues es hora de dejar todo eso atrás. Ahora iremos a la cafetería y podrás tomar algo caliente, ¿quieres?. ¡Luego podrás ir al baño tranquilo! — volvió a reír — Te sentará bien. Luego irás conociendo al resto. Te gustará nuestro indómito líder, se llama Juan Aranda y es algo especial... Tenemos algo entre manos, y si sale bien, los zombis dejarán de ser una preocupación para convertirse en un mero incordio.

—¿En... serio?.

—Pero... una cosa cada vez. Ya hablaremos luego de eso.

—Dijo que... tenían al sacerdote encerrado aquí.

—Sí —respondió Dozer con sencillez.

—¿Por qué?. ¿Qué... van a hacer con él?. Yo sugeriría matarlo. Es un loco asesino. Puede que tuviera una infancia horrible y esté falto de cariño; puede que solo sea un loco, ¿vale?, y no tenga maldad ninguna... Pero me da igual. Tienen que darle su merecido. Tienen que...

—Tranquilo —se apresuró a decir Dozer— Lo conocemos bien, y sabemos lo que ha hecho. También tiene deudas de sangre con nosotros: Mató a varios compañeros aquí, y nadie le tiene mucha estima. Pero... tiene que ver con lo que te he dicho hace un momento. Ya te lo explicaré más adelante.

Eduardo asintió.

— De acuerdo... — dijo despacio — Entonces...

— Entonces despreocúpate — dijo Dozer con una sonrisa — Ya ha pasado todo. Los días de dormir solo han terminado. Aquí estarás bien. Aquí estamos bien.

Eduardo asintió, y sonrió con ganas, con una suerte de brillo nuevo, luminoso y esperanzado.

Entonces se abrió la puerta de la habitación. Era un hombre joven, con una descuidada barba y una ropa un par de tallas más grande de la que necesitaba.

— ¡Eh, Dozer! — dijo, visiblemente entusiasmado — ¡Tienes que venir, estamos escuchando sirenas de barcos!

— ¿Sirenas... de barcos? — preguntó Dozer, perplejo, levantándose de la silla.

— ¡Los barcos! — exclamó el hombre, sonriendo — ¡Llegan los barcos!

SINFÍN